

21ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 13,22-30.

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando.

Uno le preguntó:

-Señor, ¿serán pocos los que se salven?

Jesús les dijo:

-Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: «Señor, ábrelos» y él os replicará: «No sé quiénes sois.» Entonces comenzaréis a decir: «Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas.» Pero él os replicará: «No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados.»

Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios.

LO QUE CUENTA SON LAS OBRAS CON AMOR

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús, que va enseñando por ciudades y pueblos, en su camino hacia Jerusalén, allí donde morirá en la cruz por la salvación de todos nosotros. Es en este contexto donde se produce la pregunta de un hombre que se dirige a Él y le dice: **«Señor, ¿son pocos los que se salvan?»**. Era la cuestión que se debatía en aquel momento.

Sin embargo, Jesús desvía el sentido de una pregunta que se centraba en la **«cantidad»**, orientando su respuesta al nivel de la **«responsabilidad»**, invitándonos a **«usar bien el tiempo presente»**. No le interesa, pues, el número de los salvados sino **«el modo de salvarse»**.

Esta forma de actuar de Jesús no es extraña ni descortés. Sencillamente es la manera de obrar de quien quiere educar a sus discípulos para que pasen del plano de la curiosidad al de la **«verdadera sabiduría»**, de las cuestiones vanas de la vida que tanto apasionan a la gente a **«los verdaderos problemas que importan en la vida»**.

En efecto, les dice: **«Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán»**. Con estas palabras, Jesús deja claro que la salvación no es una cuestión de número, **«¡no hay un número cerrado en el Paraíso!»** De lo que se trata es de **«entrar por la puerta estrecha desde ahora»** y esta puerta es para todos, **«sólo quedan excluidos los que se autoexcluyan»**, pero la puerta es estrecha.

Una vez más quedan al descubierto **«las diferentes ópticas que existen entre Dios y los hombres»**, entre un Dios que no hace distinción de personas, que lee en el corazón de todas ellas y unos hombres que juzgan por lo exterior, por las apariencias, por el puesto que se ocupa, que buscan seguridades y se aferran a ritos para asegurarse su salvación. Entre un Dios que quiere que vivamos **«la verdadera vida»** y unos hombres que buscan **«remedios para su felicidad»** por caminos que no son de salvación y no llevan a una vida en plenitud.

Jesús nos dice las cosas como son. Y hoy Jesús, con el símil de la puerta estrecha, quiere decírnos que para salvarnos debemos **«amar a Dios y al prójimo, ¡y esto no es cómodo!»** Es una puerta estrecha porque es exigente, el amor es siempre exigente, requiere compromiso, más aún, **«esfuerzo»**, es decir, **«voluntad firme y perseverante de vivir según el Evangelio»**.

Tenemos, pues, que elegir la puerta estrecha, esa puerta que nos enfrenta con nuestra propia «**conciencia**», la puerta estrecha que consiste en «**cargar con la cruz de cada día**», la puerta estrecha de «**la constante conversión**» a una vida personal más verdadera y comprometida con los demás.

San Pablo lo llama «*el buen combate de la fe*». Y para ese combate se necesita «**el esfuerzo de cada día, de todo el día, para amar a Dios y al prójimo**». Y es que cuando falla el amor todo lo demás carece de valor y de sentido. Es el amor lo único que puede ayudarnos a entrar por la puerta estrecha. Y para explicarse mejor Jesús nos cuenta una parábola.

Nos presenta al dueño de una casa que representa al «**Señor**» y su casa simboliza «**la vida eterna, la salvación**». Y aquí vuelve la imagen de la puerta. Jesús dice: «*Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "¡Señor, ábreanos!" Y Él os replicará: "No sé quiénes sois"*».

Estas personas que llaman a la puerta tratan de ser reconocidas y para ello le recuerdan al dueño de la casa: «*Hemos comido y bebido contigo y Tú has enseñado en nuestras plazas*». «*Yo estaba allí cuando diste aquella conferencia...*». Pero el Señor repetirá «**No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados**». Jesús lo que busca son «**los corazones y las actitudes**» de los que le siguen, «*no, te doy para que me des*». ¡Este es el problema!



El Señor no nos reconocerá por nuestros títulos ni por nuestras amistades. El Señor «**nos reconocerá sólo por nuestras obras**», nos reconocerá por haber llevado una vida humilde y buena, una vida de fe que se haya traducido en obras.

Esto significa vivir unidos en una «**verdadera y continuada comunión con Jesús**» en la oración, en los Sacramentos y nutriendonos con su Palabra, pero, especialmente, dedicando nuestra vida a «**trabajar por el bien de nuestros hermanos y hermanas**», atendiendo a sus necesidades y luchando contra toda forma de maldad y de injusticia. Debemos aprender a «**recibir la salvación como una gracia de Dios**», como un regalo, y a estar «**dispuestos a compartir**» este don con todas las personas de cualquier clase y religión.

Una semana más recemos por «**Ucrania**» y por aquellos pueblos que sufren la locura de la guerra. Y recemos también por la «**Iglesia perseguida**» y en especial la de nuestros hermanos de Nicaragua que están sufriendo la persecución de sus gobernantes. ¡Que así sea!